



Verdad y Anuncio de la Fe

Parroquia de Nuestra Señora Reina del Cielo

Hoja Semanal
Año IX
Nº 12
28.12.2014

Evangelio del Domingo

El niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 22-40

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: *«Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»*

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: *«Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»*

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: *«Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. y a ti, una espada te traspasará el alma.»*

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

!!! Feliz Navidad !!!

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

Centesimus Annus

Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II

Resumen de los números 33- 34 y 35

Da la impresión de que, tanto a nivel de naciones, como de relaciones internacionales, el *libre mercado* es el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades. Sin embargo, esto vale sólo para aquellas necesidades que son «solventables», con poder adquisitivo, y para aquellos recursos que son «vendibles», esto es, capaces de alcanzar un precio conveniente. Pero existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado. Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas. Además, es preciso que se ayude a estos hombres necesitados a conseguir los conocimientos, a entrar en el círculo de las interrelaciones, a desarrollar sus aptitudes para poder valorar mejor sus capacidades y recursos.

Se abre aquí un vasto y fecundo *campo de acción y de lucha*, en nombre de la justicia, para los sindicatos y demás organizaciones de los trabajadores, que defienden sus derechos y tutelan su persona.

En este sentido se puede hablar justamente de lucha contra un sistema económico, entendido como método que asegura el predominio absoluto del capital, la posesión de los medios de producción y la tierra, respecto a la libre subjetividad del trabajo del hombre. En la lucha contra este sistema no se pone, como modelo alternativo, el sistema socialista, que de hecho es un capitalismo de Estado, *sino una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación*. Esta sociedad tampoco se opone al mercado, sino que exige que éste sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad.

La Iglesia reconoce *la justa función de los beneficios*, como índice de la buena marcha de la empresa. Cuando una empresa da beneficios significa que los factores productivos han sido utilizados adecuadamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente. **Sin embargo, los beneficios no son el único índice de las condiciones de la empresa.** Es posible que los balances económicos sean correctos y que al mismo tiempo los hombres, que constituyen el patrimonio más valioso de la empresa, sean humillados y ofendidos en su dignidad. Además de ser moralmente inadmisibles, esto no puede menos de tener reflejos negativos para el futuro, hasta para la eficiencia económica de la empresa. En efecto, finalidad de la empresa no es simplemente la producción de beneficios, sino más bien la existencia misma de la empresa como *comunidad de hombres* que, de diversas maneras, buscan la satisfacción de sus necesidades fundamentales y constituyen un grupo particular **al servicio de la sociedad entera.**



V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús (12)

Languidez en el Amor

Teresa llegó a estar tan enferma que hasta la dieron por muerta, le tenían abierta la sepultura, e incluso en un monasterio de carmelitas le habían ya hecho los funerales y no la enterraron porque su padre entendía de pulso y cuando querían enterrarla les decía: **“Esta hija no es para morir”**, porque notaba algo en el pulso. Cuando ya volvió en sí es cuando dice ella:



“Di luego tan gran prisa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solos los huesos tenía ya. Digo que estar así me duró más de ocho meses; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios. Todos los pasé con gran conformidad y, si no fue estos principios, con gran alegría; porque todo se me hacía nonada comparado con los dolores y tormentos del principio. Estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre.

Paréceme era toda mi ansia de sanar por estar a solas en oración como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy a menudo. Trataba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque, a no venir de mano de Su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.”

“Gran cosa fue haberme hecho la merced en la oración que me había hecho, que ésta me hacía entender qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo vi nuevas en mí esta virtudes...” (V6,3)

Hemos llegado al momento de la enfermedad, y cuando está en esta altura espiritual tan grande **que bastaría para canonizarla**, se pone bien -aunque nunca llegó a estar bien del todo porque siempre estuvo muy enferma y llena de dolores, pero no acusaba la enfermedad en el rostro-, y entonces, no sabemos por qué esa altura moral tan grande se va a relajar un poco, lo que supuso una verdadera tragedia para ella, que narra en los capítulos 7, 8 y 9. Ella atribuye la causa de todo el daño a la salud:

“... Todo lo que estuve tan mala, me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto a pecados mortales. ¡Oh, válgame Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fue causa de todo mi daño!” (V6,4)

No se sabe muy bien lo que pasó; puede que fuera un poco de distracción por el trato con benefactores del convento a los que tenía que atender, pero no se sabe. Todos querían hablar con ella y se dio con toda fuerza a la amistad, sin que nada censurable hubiera en ello. Y ella **que pensaba que nada hay comparable al regalo de la oración** (V 7,10), abandona por humildad la oración (V 7,1.11; 8,3.5; 19,4) y torna a ella (V 7,17.).

La Compañía de Jesús “ad maiorem Dei gloriam” (2. La Obra)

El día 15 de agosto de 1534, los siete juran en la cripta de la capilla del Martyrium, en Montmartre, **«servir a nuestro Señor, dejando todas las cosas del mundo»** y fundan la Sociedad de Jesús, deciden viajar a Tierra Santa y, si no pueden, ponerse a las órdenes del Papa. Ya en Roma, tras una larga deliberación espiritual, deciden fundar la Compañía de Jesús, que fue aprobada el 27 de septiembre de 1540 por Paulo III, quien les reconoció como nueva orden religiosa y firmó la bula de confirmación. A los tres votos arriba mencionados, se agregaría el de ir a trabajar por el bien de las almas adondequiera que el Papa lo ordenase. A partir aquí comenzó el proceso de expansión, de organización interna y de respuesta a las misiones encomendadas: fundación de Colegios, reforma de monasterios, participación en el Concilio de Trento, diálogo con los protestantes, misiones diplomáticas..., incorporando también personajes tan notables como san Francisco de Borgia o san Pedro Canisio, Doctor de la Iglesia. En 1556, cuando murió el fundador, eran 1.000 los miembros de la Sociedad de Jesús.



En el ideario religioso, su carisma, destaca su espiritualidad, entendida como su seguimiento de Cristo, desarrollada por San Ignacio en el libro de los Ejercicios Espirituales: **«buscar y encontrar a Dios en todas las cosas»**. Una espiritualidad vinculada a la vida, centrada en lo concreto y lo cercano. La Compañía asume la educación como una participación en la misión evangelizadora de la Iglesia: sus centros de enseñanza ofrecen a la sociedad una clara inspiración cristiana para todos los niveles educativos: universidades, colegios, centros de formación profesional o redes educativas. La expansión de su actividad en estos campos fue increíblemente rápida (para 1640 ya contaban con 500 centros en Europa y América). Pero este éxito de crecimiento y la presencia social tan intensa alcanzada en actividades tan sensibles hizo que aparecieran miedos y recelos que hicieron que los gobiernos de Portugal (1759), Francia (1763) y España (1767) les expulsaron de sus territorios y que hasta el propio papado, presionado por estos gobiernos, decretara su supresión en 1773.

Después de 40 años de exilios, persecuciones y prisiones, cuando Pío VII firmó su restauración en 1814, su apostolado volvió por donde solía y su presencia entró de nuevo en todas las instancias civiles y religiosas de la sociedad con el mismo espíritu de sus inicios. Hoy sus más 17.200 miembros están presentes en 69 países, dirigen 231 centros universitarios, 462 de secundaria, 187 de primaria y 70 de profesional o técnica, y 2.947 centros de Redes Educativas, con los llegan a casi tres millones de alumnos. El papa Pablo VI resumió así su razón de ser: **“Donde quiera que en la Iglesia, en los campos más difíciles, ha habido o hay confrontaciones, en los cruces de ideologías y en las trincheras sociales, entre las exigencias del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas”**.